

"Ser Salvo"

¿Has considerado la gran bendición que Dios te da al salvarte del pecado? En esta lección exploramos lo que significa ser salvo.

El camino del Señor es de hecho, el camino de la salvación. El Señor Jesús dijo en Lucas capítulo 19 versículo 10, "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido." Su amor y compasión por aquellos que se han desviado de la moral y de la verdad es incuestionable. Él busca a los perdidos y quiere encontrarlos, así como un pastor busca a la oveja perdida. Espero que tengas un corazón abierto y la voluntad de escuchar y cambiar cuando Él te llame. Gracias por tomarte hoy un tiempo con nosotros. Nos encantaría saber sobre ti y ser parte de tu vida cada semana.

El hijo pródigo no era como la oveja perdida o la moneda perdida; él eligió dejar a su padre y seguir una vida de pecado. Tuvo que enfrentar las realidades más duras de la vida antes de volver en sí. Pensó que el pecado le traería felicidad, pero todo lo que le trajo fue miseria. Estaba avergonzado y ya no se consideraba digno de ser llamado hijo de su padre.

El padre, sin embargo, dijo a sus siervos: "Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse. (Lucas capítulo 15 versículos 22 al 24). Dios celebra cuando los que están perdidos son encontrados y cuando los que están espiritualmente muertos vuelven a la vida. Tu mayor bendición es ser salvo por la gracia de nuestro Señor Jesús, pero debes responder a Su llamado.

Nuestra lectura proviene de la carta de Pablo a Tito capítulo 3 versículos 3 al 7 donde habla de la belleza de nuestra salvación.

"Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna."

Oh, qué maravillosa salvación disfrutamos. Oremos juntos. Padre, estamos tan agradecidos de que a través de Tu misericordia, gracia y gran amor hayas abierto una puerta para salvarnos por medio del lavamiento de la regeneración. Padre ayúdanos a venir a Ti, a tomar nuestra cruz y seguirte cada día. En el nombre de Jesús, Amén.

La salvación en Cristo afecta cada aspecto de nuestros corazones y vidas. No podemos contar con mayor bendición que conocer y seguir a Cristo. Nos alejamos de las cosas de este mundo y caminamos hacia la santidad. Nunca debemos pensar que la salvación no importa. No puedes entrar al cielo sin ser salvo. Todos necesitamos ser cubiertos por la gracia de Dios, para ser salvos por la sangre de Jesús. Y sólo aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida entran al cielo. No puedes elaborar tu camino al cielo; necesitas al Salvador. ¿Qué hará Jesucristo el Salvador por ti?

Bueno, primero, en Cristo encontramos redención. Redimir es “rescatar, volver a comprar”, para liberar a alguien de la esclavitud o de una maldición. Jesús pagó el precio de la redención. El Señor Jesús dijo en Mateo capítulo 20 versículo 28 que, “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” Pedro lo explica en Primera de Pedro capítulo 1 versículos 18 al 19, “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación,” Jesús nos redimió personalmente.

Primera de Pedro capítulo 2 versículo 24 dice, “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.” Permitted en su cabeza una corona de espinas, en su rostro, escupitajos y bofetadas, en su espalda, un cruel azote, en sus manos y pies, clavos, y en su costado, una lanza. Fue humillado en la cruz y objeto de burlas sin piedad, pero lo soportó todo para discernir la muerte por cada persona. Y su sacrificio nos llama a la redención y a una vida nueva.

Ahora bien, la redención es un alivio de toda la maldad. Tito capítulo 2 versículo 14 dice que Jesucristo “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.” Dios quería algo mejor para ti. Él quería que fuéramos puros y celosos del bien, no sin ley y viviendo en pecado. La diferencia entre perderse y salvarse es una cuestión de carácter y de destino. El Señor Jesús quiere lo que te bendecirá a ti y a todos los que te rodean en lugar de lo que te maldecirá a ti y a todos los que estén a tu alcance.

Nuestra redención del pecado tuvo un gran costo; ¡no fue barata! Y Dios quiere que Sus almas redimidas vivan vidas devotas a Él. Romanos capítulo 6 versículos 12 al 13 dice, “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.” Cuando nos entregamos a Dios, encontramos nuestra libertad. Dios pagó el precio para ganar nuestro rescate.

Segundo, en Cristo encontramos la justificación. Cuando Jesús nos redimió a través de Su sangre, también nos justificó. Ahora bien, justificar es “vindicar, absolver o declarar algo y tratarlo como justo”. Una persona justificada ha sido “liberada” del pecado o “purificada” de cualquier pecado o culpa del pecado. Pablo lo explicó en Hechos capítulo 13 versículos 38 al 39, “Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree.”

En el Nuevo Testamento, la palabra “justo” significa lo que es honesto o correcto, y esto se amplió para incluir los esfuerzos por establecer la justicia. Una persona justificada es declarada inocente o “no culpable”. Justificación significa que me presento delante de Dios justamente, “justamente” como si nunca hubiera pecado. Cuando soy justificado, Dios no me hace responsable por el pecado, porque Jesús me hizo justo a través del sacrificio de su cuerpo y sangre. Una persona justa no necesita temer el castigo por sus pecados, pues ellos han sido perdonados. Segunda de Corintios capítulo 5 versículo 19 dice que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados.”

Salmo capítulo 103 versículos 11 y 12 nos recuerda, “Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, Engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, Hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.” El Señor Dios dijo en Isaías capítulo 43 versículo 25, “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados.” Cuando Dios nos perdona, ya no tiene en cuenta nuestros pecados. Él no nos ve como pecadores culpables, sino como sus hijos que han sido limpiados del pecado por la sangre de Jesús.

Tercero, en Cristo somos santificados. Ahora bien, santificar significa “apartar para un propósito santo, es decir, hacer santo a algo.” Lo “santo” es separado de lo común y aislado para el servicio de Dios. En Cristo nos convertimos en personas santas. El Apóstol Pablo inspirado escribió en Primera de Corintios capítulo 6 versículos 9 al 11, “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; más ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.” La sangre de Jesús lava nuestras almas, nos hace santos y nos declara libres de culpa en el nombre del Señor Jesús. Y que bendición pertenecer a Jesucristo.

Sin embargo, pertenecer a Jesús exige que busquemos una vida transformada. Pablo le dijo a Timoteo en Segunda de Timoteo capítulo 2 versículos 19 al 22, “Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo. Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles. Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra. Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor.” Dios no nos salvó para que pudiéramos volver al pecado. Él quería que buscáramos lo que es correcto y bueno, viviendo vidas santas.

Hay dos aspectos de nuestra santificación: primero, lo que Dios hace al salvarnos del pecado; y segundo, lo que Dios espera de nosotros al apartarnos de los caminos pecaminosos. Primera de Pedro capítulo 1 versículos 14 al 16 dice, “como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.” Bueno, ¿cómo vamos a buscar la santidad? Debemos saber la verdad. El Señor Jesús oró al Padre por Sus seguidores en Juan capítulo 17 versículo 17, “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.” Las Escrituras definen qué actitudes y comportamientos son santos. Cuando obedecemos la Palabra de Dios, estamos viviendo una vida santa.

Una persona que obedece el llamado del evangelio es apartado para el Señor. Una persona apartada para el Señor es un “santo”. Y todo el que es lavado en la sangre de Jesús es un santo. La creencia de que los santos son un grupo especial de personas dentro de la iglesia es una suposición hecha por el hombre. Las Escrituras llaman santos a todos los que Dios santifica (Primera de Corintios capítulo 1 versículo 2).

Cuarto, en Cristo encontramos expiación con Dios. La palabra "expiar" significa enmendar, arreglar las cosas, complacer una vez más a una persona agraviada u ofendida, buscando que las personas que estaban en desacuerdo entre sí estén "en armonía". Dios quiere que vivamos en armonía con Él y con Su enseñanza. La palabra "expiación" es literalmente es reparación. Esto significa que podemos volver a estar de acuerdo con Dios y reconciliarnos. Pablo recordó a los cristianos gentiles de Éfeso su condición antes de conocer a Cristo y después de convertirse en cristianos.

Antes de que se hicieran cristianos, Pablo dijo, "Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo." Ahora afortunadamente, ellos no se quedaron en esa condición. El versículo 13 dice, "Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo."

Después de que se hicieron cristianos, Pablo los describe de manera muy diferente. "Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu." Ahora estas personas santas son ahora la familia de Dios, los santos, y moran con Dios.

Quinto, en Cristo somos reconciliados con Dios. Ahora el propósito de nuestra salvación es transformar nuestras vidas para que podamos reconciliarnos con Dios y vivir con Él para siempre. Dios nos ama y quiere que seamos amigos para tener una relación correcta con Él. Reconciliar significa que una vez más somos amigos y estamos cerca de Dios. El pecado nos separó y destruyó nuestra relación con Dios, pero la sangre de Cristo abre el camino para que podamos acercarnos a Dios una vez más. Y la Biblia presenta el pecado como una barrera, sí, una barrera para nuestra relación con Dios. Pero sabes qué, cuando venimos a Él podemos ser reconciliados. Recuerda que el pecado frena esa relación. Isaías capítulo 59 versículos 1 y 2 dice, "He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír." Dios no puede aprobar el pecado, porque el pecado le ofende. El pecado es injusto y fuera de la ley (Primera de Juan capítulo 3 versículo 4 y Primera de Juan capítulo 5 versículo 17). Salmo capítulo 5 versículo 4 dice, "Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; El malo no habitará junto a ti."

Habacuc capítulo 1 versículo 13 dice, "Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio;" Dios determina lo que es pecado; y no debemos pensar que podemos anular lo que Dios llama pecado. No podemos continuar en pecado, no podemos ignorar la enseñanza de Dios y querer estar a favor de Dios. El pecado destruye nuestra relación con Dios y nos vuelve hostiles hacia Aquel que un día será nuestro juez. El pecado nos hace enemigos de Dios. Dios, sin embargo, desea hacer de sus enemigos sus hijos y acercarlos a Él por la sangre de Cristo.

Colosenses capítulo 1 versículos 19 al 22 dice, "por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha

reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él;”

La muerte de Jesús es una demostración del amor sobresaliente de Dios, que restaura nuestra relación con Él. Dios ha actuado en Cristo para que ya no seamos enemigos de Dios. Reconcílate con Dios creyendo en Cristo, amándolo y obedeciéndolo.

Oremos juntos. Padre, estamos agradecidos de que hayas abierto la puerta para que nos reconciliemos contigo. Ayúdanos a tomar nuestra cruz y seguirte. En el nombre de Jesús, Amén. La paga del pecado es la muerte y la separación eterna de Dios. El Señor no podría ser un Dios justo si simplemente pasara por alto el pecado y nos llevara al cielo de todos modos. Deuteronomio capítulo 32 versículos 3 y 4 dice, “Porque el nombre de Jehová proclamaré. Engrandeced a nuestro Dios. Él es la Roca, cuya obra es perfecta, Porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; Es justo y recto.” Verás, el Señor odiaba el pecado, pero amó a la humanidad hasta tal punto que envió a Su Hijo como sacrificio para expiar sus pecados.

Ahora tu salvación le costó todo al Hijo; tu salvación no es barata. Él sufrió como nadie debe sufrir y murió como nadie debe morir para salvarnos del pecado. Ahora ser salvado no es trivial; ¡importa! Jesús preguntó en Marcos capítulo 8 versículos 36 al 38, “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.”

Ahora bien, si quieres ser salvo, pon tu fe en Jesucristo y en Su palabra. Arrepiéntete de tus pecados. Confiesa a Jesucristo como el Hijo de Dios. Bautízate en Jesucristo para el perdón de tus pecados (Hechos capítulo 2 versículo 38). Cuando te bautizas, Dios limpia tus pecados con la sangre de Jesús, te hace santo y libre de culpa, y te agrega a Su iglesia. ¡Ven al Salvador y hazlo hoy!